

**FUERA DE LA LITERATURA**



**I**



## Los libros

1905

### I

«No he leído los libros de este autor, y si los he leído he olvidado de qué trataban.»

Éstas son palabras que, según consta en los anales, se pronunciaron entre nosotros no hace aún siquiera un siglo, en público, desde el estrado de la judicatura y por boca de un magistrado. Tienen las palabras de nuestros ediles un empaque y una importancia que las sitúan muy por encima de las palabras de cualquier otro mortal, porque nuestros ediles, más que cualquier otra clase de gobernantes y superiores, representan la sabiduría popular, la ecuanimidad, la sensatez y la virtud del acervo común. Es de rigor aclarar cuanto antes, en aras de la justicia eterna (y de la amistad reciente) que esta generalización no puede aplicarse a los Estados Unidos de América. Allá, si damos crédito a las dilatadas e incontenibles indignaciones de la prensa diaria y de los semanarios, los más de los responsables del gobierno municipal parecen ser ladrones de una especie particularmente irreprimible. Pero esto no hace al caso. Lo que me importa es una declaración que emana del temperamento común y de la común sabiduría de un co-

lectivo que goza de prosperidad y grandeza, hecha además por boca de un magistrado, obviamente sin temor y sin reproche.

Confieso que me agrada ese temple, que es el de la prudencia misma. «No he leído los libros», dice, y de inmediato añade: «y si los he leído he olvidado de qué trataban». Encomiable cautela. Y me gusta su estilo: carece de artificio y ostenta el sello de la sinceridad más viril. Tratándose de un fragmento en prosa, esta proclama es fácil de leer y no es difícil de creer. Son muchos los libros no leídos, pero aún son más los olvidados. Si se toma en cambio por muestra de oratoria civil, esta proclama es de una eficacia pasmosa. Calibrada de modo que se acople perfectamente a la mentalidad del vulgo, tan habituada a todas las variantes del olvido, también posee la capacidad de suscitar una sutil emoción al tiempo que da inicio a una cadena de pensamientos, ¿y qué efecto más poderoso cabe esperar de las palabras de los hombres? Sin embargo, es en su naturalidad donde resulta esta declaración absolutamente deliciosa, ya que nada hay tan natural como que uno de los próceres de la ciudad olvide de qué trataban los libros que leyó una vez, antaño, quizás en sus años de joven tarambana.

Y los libros en cuestión son novelas, o en todo caso son libros escritos con la intención de pasar por novelas. Procedo así pues con cautela (siguiendo el ejemplo de mi ilustre antecesor), pues libre de todo temor y deseoso de permanecer tan lejos de cualquier reproche como me sea posible, confieso inmediatamente que no los he leído.

No, no los he leído; y entre el millón de personas, o acaso más, de las que se dice que los han leído, nunca he conocido a una sola con un talento expositivo suficientemente desarrollado para que me diera congruente cuenta de aquello de lo que tratan. Pero son a fin de cuentas libros, son parte imprescindible de la humanidad, y en cuanto tales, en su imparable y turbulenta proliferación, son dignos de respeto, admiración y compasión.

Sobre todo de compasión. Se ha dicho hace ya mucho que tienen los libros su destino. Lo tienen, claro que sí, y se parece mucho al destino de los hombres. Con nosotros comparten la gran incertidumbre que envuelve la ignominia o la gloria, la severidad de la justicia y la insensatez de la persecución, la calumnia y el malentendido, la vergüenza del éxito inmerecido. De todos los objetos inanimados, de todas las creaciones humanas, los libros son los más cercanos a nosotros, pues contienen nuestro pensamiento mismo, nuestras ambiciones, nuestras indignaciones, nuestras ilusiones, nuestra fidelidad a la verdad, nuestra persistente tendencia al error. Pero se nos parecen sobre todo en la precariedad con que se aferran a la vida. Un puente construido de acuerdo con las reglas del arte de la construcción de los puentes con certeza tendrá una vida larga, honorable y útil. En cambio, un libro a su manera tan bueno como ese puente bien puede perecer en la oscuridad el día mismo en que nace. El arte de sus creadores no basta para dar a los libros más que un instante de vida. Los libros que han nacido del desasosiego, de la inspiración y de la vanidad del intelecto de los hombres, aquellos que más estiman las Musas, son los que más sujetos se hallan a la amenaza de una muerte prematura. A veces son sus defectos los que han de salvarlos. A veces, un libro de agradable factura bien puede –por emplear una expresión desmedida– carecer de un alma individual. Obviamente, un libro de esa clase no puede morir. En el peor de los casos, se desmenuzará hasta no ser más que polvo. En cambio, los mejores libros, los que se nutren de la simpatía y la memoria de los hombres, han vivido al filo de la destrucción, pues la memoria del ser humano es corta, cuando no escasa, y su simpatía, hemos de reconocerlo, es una emoción muy fluctuante, que no obedece a principios.

No se hallará el secreto de la vida eterna de los libros entre las fórmulas del arte, como tampoco se ha de hallar ese secreto, en lo que a nuestros cuerpos se refiere, en una determinada combinación de fármacos. No se debe esto a

que algunos libros no sean merecedores de gozar de una vida duradera, sino a que las fórmulas del arte dependen de fenómenos variables, inestables, en modo alguno dignos de confianza; dependen de las afinidades que se dan entre las personas, de los prejuicios, de lo que agrada y lo que desagrade, del sentido de la virtud y del sentido de la corrección, de creencias y teorías que, indestructibles en sí mismas, siempre cambian de forma, con frecuencia en la fugaz porción de vida que corresponde a una generación.

## II

De todos los libros, son las novelas, que las Musas debieran tener en alta estima, las que con mayor rigor reclaman nuestra compasión. El arte del novelista es sencillo. Al mismo tiempo, la suya es la más huidiza de todas las artes creativas, la más propensa a verse oscurecida por los escrúpulos de sus siervos e incondicionales, la que por encima de todas las demás se halla destinada a sembrar más trastornos en el intelecto y en el corazón del artista. A fin de cuentas, la creación de todo un mundo no es empresa baladí, salvo, si acaso, para los más divinamente dotados. A decir verdad, todo novelista debe comenzar por crearse un mundo, grande o pequeño, en el que sea capaz de creer con absoluta sinceridad. Ese mundo no puede sino estar hecho a su imagen y semejanza: está destinado a seguir siendo particular y un tanto misterioso, si bien al mismo tiempo debe evocar en el lector algo que sea familiar a su experiencia, a sus propios pensamientos, a sus sensaciones. En el corazón de la ficción, incluso de aquella que menos merece tal nombre, es posible hallar verdad de alguna clase, así sea tan sólo la verdad de un ardor pueril y teatral en el juego de la vida, como sucede en las novelas de Dumas padre. En cambio, la justa verdad de la delicadeza humana se encuentra en las novelas de Henry James, y la cómica, sugestiva verdad de la rapacidad humana que campa

por sus respetos entre los despojos de la existencia pervive en el monstruoso mundo creado por Balzac. La búsqueda de la felicidad por medios legales e ilegales, a través de la resignación o la rebeldía, de la astuta manipulación de las convenciones o de la solemnidad de quien se adhiere a la última de las teorías científicas, es el único tema que legítimamente le cabe desarrollar al narrador que sea de veras cronista de las vicisitudes del género humano en medio de los peligros que abundan en el reino de la tierra. Y el reino de esta tierra en sí, el terreno sobre el que se asientan las individualidades, sobre el que tropiezan o fenecen, ha de ingresar en el plan de su crónica fiel. Abarcar todo esto en una concepción armónica es una gran hazaña; aspirar incluso a ello con seriedad de intención, y no por el insensato acicate que pueda sentir un corazón ignorante, es ambición honrosa. Y es que se precisa de valentía para adentrarse con calma allí donde cualquier mentecato temerario puede estar ansioso de precipitarse. Como ya dijo un distinguido novelista francés de éxito notable a propósito de la ficción, «C'est un art trop difficile».

Es natural que el novelista ponga en duda su capacidad de afrontar la tarea. La imagina de proporciones mucho más gigantescas de lo que es en verdad. Y la creación literaria, sin embargo, por ser tan sólo una de las formas legítimas que adopta la actividad de los hombres, no tiene valor si no es con la condición de que no excluya el más pleno reconocimiento de todas las muy variadas formas de acción que existen entre los hombres. Esta condición a veces la suele olvidar el hombre de letras, que con frecuencia, y sobre todo en su juventud, se siente inclinado a reclamar una superioridad exclusiva y atribuirle a su tarea entre todas las demás que puede emprender el intelecto de los hombres. La masa del verso y de la prosa puede centellejar aquí y allá, puede tener el resplandor de una chispa divina, pero en la suma de los empeños humanos no reviste una importancia especial. No existe una fórmula que justifique su existencia en mayor medida que la de cualquier otro triunfo de las

artes. Con todas las demás artes, está destinada al olvido, sin dejar quizás ni la más leve de las huellas. En donde sí goza el novelista de una ventaja sobre los que se afanan en otros campos del pensamiento es en su privilegio de la libertad, la libertad de expresión y la libertad de confesar sus creencias más íntimas, lo cual debiera servirle de consuelo frente a la ardua esclavitud de la pluma.

### III

La libertad de imaginación debería ser la propiedad más preciada de un novelista. Proponerse descubrir los dogmas románticos, realistas o naturalistas de un determinado credo que coacciona una obra libre y fruto de su propia inspiración es una treta derivada de esa perversidad de los hombres, que, tras inventar un absurdo, se desviven por hallarle un linaje de ilustres antepasados. Es debilidad propia de una mentalidad indigna, cuando no es mera estratagemas astuta de aquellos que, inseguros de su talento, aspiran a darle más lustre adscribiéndolo a la autoridad de una determinada escuela. Así son, por ejemplo, los sumos sacerdotes que han proclamado que Stendhal es profeta del naturalismo. El propio Stendhal jamás hubiera aceptado que se impusiera una limitación de ese jaez sobre su libertad. El intelecto de Stendhal era de primera magnitud. Su espíritu, esté donde esté, debe de rabiarse con su peculiar desdén stendhaliano, con su inconfundible indignación. La verdad es que subyace una cobardía intelectual de muy distinta índole, oculta tras las fórmulas literarias. Y Stendhal era un hombre de coraje y valor inequívocos. Escribió sus dos grandes novelas, que tan pocos han leído, con un espíritu de libertad rayano en la intrepidez.

No conviene suponer que definiendo aquí, para el autor de obras de ficción, la libertad que predica el nihilismo en lo moral. Más bien le exigiría muchos actos de fe entre los cuales el primero habría de ser que alimentara una esperanza

imperecedera, habida cuenta de que la esperanza, y esto es irrefutable, entraña toda la compasión del esfuerzo y de la renuncia. Es la forma de confianza en la fuerza mágica y la inspiración perteneciente a la vida en esta tierra que nos envía la Divinidad. Tendemos a olvidar que el camino de la excelencia pasa por la humildad intelectual, que nada tiene que ver con la humildad emocional. Lo que se percibe como yermo sin esperanza de ninguna clase en el pesimismo militante no es más que arrogancia. Es como si el descubrimiento que han hecho muchos hombres en momentos muy distintos de la historia, es decir, que el mal abunda en el mundo, fuese una fuente de alegría orgullosa y malsana entre algunos de los escritores modernos. Esa manera de pensar no es la adecuada si se aspira a abordar con seriedad el arte de la ficción. Dota a su autor, a saber por qué, de una percepción cómoda y jubilosa de su propia superioridad. Y no hay nada más peligroso que ese júbilo y esa comodidad para la lealtad absoluta a sus sentimientos y sensaciones, que el escritor ha de mantener y cultivar por encima de todo en sus momentos creativos de mayor exaltación.

Tener esperanza, y cultivarla, cuando se trata del arte no equivale a pensar que el mundo es bueno. Basta con creer que no es de todo punto imposible que sea así. Si bien es aceptable que el vuelo del pensamiento imaginativo sea superior en su altura a muchas de las acciones morales comunes entre el género humano, un novelista que se considere dotado de una esencia superior a la del resto de los hombres perderá de vista por completo la primera condición que su vocación ha de cumplir. Poseer el don de la palabra no es nada del otro mundo. Un hombre provisto de un arma de largo alcance no se convierte en cazador o en guerrero por la mera posesión de un arma de fuego; son necesarias muchas otras cualidades y se precisa de un determinado temperamento para que llegue a ser una cosa o la otra. A quien posea un arsenal de frases en el que una de cada cien mil tal vez acierte a dar en la lejana y huidiza

diana del arte le pediría yo que en sus tratos con la humanidad fuese capaz de reconocer como debe sus virtudes menos luminosas. No le querría yo impaciente con las flaquezas y defectillos del ser humano, ni desdeñoso de sus errores. Tampoco querría que esperase demasiadas muestras de gratitud de ese mismo género humano cuyo destino, como ilustran los casos individuales, en su mano está representar como algo ridículo o como algo terrible. Quisiera que contemplase con generosidad y capacidad de perdón las ideas y los prejuicios de los hombres, que de ninguna manera son resultado de la mala intención, sino que dependen de su educación, de su condición social, incluso de la profesión de cada uno. El buen artista no debe esperar ningún reconocimiento por su trabajo y esfuerzo, ni debe contar con ninguna admiración por su genio, porque su trabajo y su esfuerzo difícilmente se podrán valorar como es debido, y su genio es imposible que signifique nada para los analfabetos que, ni siquiera de la sabiduría terrible de los difuntos a los que puedan evocar, han sabido agavillar hasta hoy nada más que inanidades y lugares comunes. Querría que ampliara su esfera de simpatías mediante una observación paciente y compasiva mientras acrecienta su poder intelectual. Es en la práctica imparcial de la vida, si acaso, donde podrá encontrar la promesa fehaciente de la perfección en su arte, y no en las absurdas fórmulas que aspiran a prescribir tal o cual método de técnica o de concepción novelesca. Que madure, que intensifique la fuerza de su imaginación entre las cosas que son propias de esta tierra en que vivimos, y que es su cometido apreciar y conocer, y que se abstenga de pensar siquiera que su inspiración le vendrá dada de antemano, otorgada por un cielo de perfección del cual no sabe nada. Tampoco le escatimaría yo esa orgullosa ilusión que a veces se apodera de un escritor: la ilusión de que sus logros estén prácticamente a la altura de la grandeza de sus sueños. No hay otra cosa que pueda otorgarle la serenidad y la fuerza necesaria para que estreche contra su pecho y considere algo delicioso a

la par que humano la virtud, la rectitud y la sagacidad de su municipio, cuando declara con sencilla elocuencia, por boca de uno de los próceres electos, que «No he leído los libros de este autor, y si los he leído he olvidado de qué trataban».